

No suena concitando las huestes á morir,
Y en la serena frente del labrador curtido
Veais la luz radiante del bienestar lucir,
¡Cantad el himno ardiente de las modernas glorias,
Y al cielo alzad serena vuestra tostada faz,
Forjando las campanas que canten las victorias
Con que á los hombres funde la esplendorosa paz.

Bilbao 1875.

APÉNDICE II.

A ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

RELACION DE VIAJE.

Es el reino de Aragon
Una hospitalaria tierra,
Donde en la paz y en la guerra
Reina franco el corazon,
Cruzando sus verdes prados
Tres alegres pasajeros,
En tres jacos caballeros
Y por el hambre aguijados,
Buscando cena y abrigo,
Que gran falta nos hacía,
Ibamos al fin de un dia
Por aquel país amigo.
Y al ver la cima lejana
De un altivo campanario,
Donde llamaba al rosario
La resonante campana,
Fuimos trotando á buscar
La luz que alcanzan los ojos,
Invadiendo unos rastrojos,
Y atravesando un pinar.
Ya el pueblo la vista alcanza,
Ya se oye tras los pinares
Ruido de alegres cantares
Y de aperos de labranza.
Torna el maestro de escuela
De pasear con el cura,
Y suena en la plaza oscura
El rasgar de la vihuela.

Y ya del pueblo á la entrada,
Con muy humildes modales,
Pedimos á unos zagales
Las señas de una posada.
Uno alegre y rubicundo
Dice: la tendrán de balde,
Porque en casa del alcalde
Hay posada *pa tol* mundo.
Seguimos, pues, sus pisadas,
Y despues de andar á oscuras
Por estrechas angosturas
Y cuestras empecatadas,
Llegamos frente á un portal
Recien pintado de blanco,
Y en el cual habia un banco
De reluciente nogal.
Era espaciosa la puerta,
Ancho el patio y empedrado,
En un rincon, un arado,
Un azadon y una espuerta.
La escalera desigual
Al fin de doce escalones
Daba entrada á los salones
De la autoridad local.
Cruzamos una antesala
Que decoraban sencillas
Las mazorkas amarillas
Y unas estampas de Atala,
Y en la sala entramos ya
Donde esperaba á los tres
El alcalde, á quien despues
Más despacio se verá.
Era más ancho que estrecho
El cuarto donde nos vimos,
Y mil fragantes racimos

Pendian del alto techo.
En tersura sin igual
Que casi á la vista ofende,
La blanca pared, trasciende
A la fresca y limpia cal.
Son de la estancia el adorno
Un sofá de toско asiento,
Y diez sillas de convento
De las paredes en torno.
A un lado sobre una mesa
Cintas de varios colores,
Que anunciaban las labores
De la señora alcaldesa.
Y en amable confusion
Con la aguja y el dedal,
Y á la lumbre artificial
De un reluciente velon,
Un sombrero y una faja,
Un tintero de vajilla,
Un paquete de holandilla,
Un limon y una baraja.
En un rincon un altar
Lleno de santos primores,
Y en él cubierta de flores
Una Virgen del Pilar.
Y en los otros tres rincones
Por el órden que lo expreso,
Una guitarra, y un peso,
Y una carga de melones.
En las paredes colgados
Dos á dos y tres á tres,
La historia de Hernan-Cortés
En diez cuadros apaisados.
Un espejo, y un pandero,
Una rastra de camuesas,

Un reló de cinco pesas
Y un retrato de Éspartero.
Tal era el tranquilo hogar
Del alcalde aragonés,
Donde septimos los tres
En el punto de llegar
De alegre sarten el són
Y un sonar de aceite frito
Que excitaba el apetito
Y ensanchaba el corazon.

II.

Era el alcalde sencillo,
De semblante satisfecho,
Un hombre de pelo en pecho
Y un mozo como un castillo.
Alto, fornido, potente,
Robusto, de faz tostada,
Franca y noble la mirada
Y ancha y serena la frente.
Viéndole en su noble agrado
Le amó el alma agradecida,
Como si toda la vida
Nos hubiéramos tratado.
Ya la robusta alcaldesa,
Digna de eternos pinceles,
Tiende los blancos manteles
Sobre la redonda mesa.
Y en torno sentados ya,
Y por su mano servidos,
Cual tierna familia unidos,
La cena llegando va.
Brindan sabroso regalo

Blando pan y fresco vino,
Y ancho vaso cristalino
Y las cucharas de palo.
Ya los hondos platos llena
La caldosa sopa hirviendo,
Y aroma en ella el ambiente
La fragante yerbabuena.
Tras ella, de oro vestidas
Llegan chillando quejosas
Las anchas magras hermosas
En blanca fuente extendidas.
Viene despues bien servido
El capon que ostenta en torno
Magnas lonjas por adorno
Del oloroso embutido;
Y las berengenas rojas
Y aromáticas lechugas,
Que en las rizadas arrugas
De frescas y blancas hojas
Cubren la yema amarilla
Del huevo en ruedas cortado,
Que es adorno regalado
De la legumbre sencilla.
Postres vienen diferentes;
Blanca miel, dulce mostillo
Y tierno queso amarillo,
Y las almendras crujientes;
Y de las huertas colmadas
Ricos y sabrosos dones,
Los dulces melocotones
Y las ciruelas doradas;
Las uvas que vierten mieles,
Las peras frescas y sanas,
Las encendidas manzanas
Y los dulces moscateles.

Harto el estómago está
De tan abundante cena
Y obliga á decir con pena :
¡Basta por Dios, basta ya!
Y el alcalde sonriente,
Mientras la cena reposa,
Cuenta con voz cariñosa
Su pasado y su presente,
Las glorias de aquella guerra
Que humilló al frances odioso,
Su casamiento dichoso,
La labranza de su tierra.....
Alma entera, hombre de hierro,
Que funda sus regocijos
En su mujer y sus hijos
Y su escopeta y su perro!

.....
Ya en el reló del rincon,
Con sonido agudo y breve,
Ha dado el cuco las nueve
Y horas de acostarse son.
Ya la alcaldesa nos llama
Y con la luz va guiando ,
Y á cada cual va dejando
A la orilla de su cama.
En ella, por dulce empeño
Del huésped y franco amigo,
Encontramos blando abrigo
Y tranquilo y dulce sueño.
Y cuando el sol sus fulgores
Vertió por los altos cerros,
Nos despertaron los perros
Y el cantar de los pastores.
Al oír que la jornada

Continuar debemos presto ,
Los esposos con un gesto
Muestran que no les agrada.
Y ántes de vernos partir
La huerta enseñarnos quieren ,
Porque nuestros ojos vieren
Como allí saben vivir.
Ábrese el ancho granero
Donde en monton soberano
Brilla el rubicundo grano
Fruto del rústico esmero.
Su oculto lujo despliega
Rico el caudal de las uvas,
En las opulentas cubas
Que llenan la ancha bodega.
La huerta en sus mil labores
Muestra el bien de sus hogares
En los anchos patatares
Y en las verdes coliflores.
Y hay al costado un jardín
Donde encantan el ambiente
Los murmurios de una fuente,
Y el aroma del jazmin,
Y bajo fuertes techados
Doce nulas descansadas,
Y hoces y trillos y azadas
Y refulgentes arados.
Todo con faz placentera
Muestra el huésped cariñoso,
Mientras va el sol presuroso
Remontando su carrera.
Y despues de agradecer
Con el alma y con la vida
La dulce y tierna acogida
Que logramos merecer,

En los caballos subimos,
Y como buenos hermanos
Les estrechamos las manos
Y con pesar nos partimos.
Ellos pidiendo perdones
De aquel humilde hospedaje
Nos dan el feliz buen viaje
Con alegres expansiones,
Y saludando á los dos
Y atravesando el lugar,
Volviendo el rostro por dar
Otra vez un tierno adiós,
Al ver del campo en la plana
El sol con dulces reflejos,
Y al escuchar á lo léjos
El tañer de la campana,
Y al contemplar los pastores
Y los humildes rebaños,
La sombra de los castaños
Y el esplendor de las flores,
Grité envidiando la calma
De aquel retiro silvestre:
¡Oh dulce vida campestre!
¡Oh tranquilidad del alma!

FIN DE LAS SOLEDADES.

NOTA IMPORTANTE.

Hay en este tomo algunas poesías en las cuales se notará alterada la combinación métrica, interrumpida á veces la consonancia ó aconsonantados algunos versos que debieran estar asonantados. No fué descuido, sino deseo de que resultara natural la composición á riesgo de que pareciera incorrecta. Puede notarse lo que digo en las poesías LIV, en las tituladas *Vecino curioso*, *La paz en la cuna*, y otras. Me complazco en corregir y limar mis versos; pero en los de este tomo, como en algunos de mis comedias, cuando he creído que habían de perder naturalidad, no he vacilado en dejar aconsonantados algunos de tal cual romance, ó asonantadas dos redondillas inmediatas si por evitarlo había de perder el diálogo espontaneidad ó la poesía sencillez.

Florentino Sanz, Zorrilla, Narciso Serra, el mismo Breton lo han hecho así, sin dejar por eso de ser verdaderos poetas ni pasar por sospechosos de desconocer las reglas vulgares del metro.

A veces la excesiva corrección quita su encanto esencial á la poesía.